

Acerca del Psicoanálisis en el malestar de la cultura hoy

Guadalupe Iglesias Correa

**Trabajo presentado en las Jornadas anuales de Cartels y Grupos de Trabajo de Trieb Institución Psicoanalítica, en el marco del Grupo de Trabajo inscripto en Convergencia “El malestar en la cultura argentina”.
Noviembre 2019**

Ana tiene 5 años y no habla. La pediatra lo advierte y deriva a la niña (y a sus padres) a Salud Mental. En la entrevista, los padres parecen sorprendidos “no nos dimos cuenta”, dicen a las preguntas relacionadas a si no les llamaba la atención que no dijera palabra alguna. Ninguno de los adultos había terminado la primaria, y la niña, que debía haber hecho ya Jardín de 4 años no había empezado. Cuando se les solicita sus DNI, ambos dicen no tenerlos y el padre agrega “yo tenía DNI pero lo perdí cuando era chico... nunca más tuve y ya ni me acuerdo que numero era. Yo ya debo ser un NN”. (*)

La expresión NN significa “numen nescio”: 'nombre desconocido', expresión en latín usada para designar a una persona sin nombre o desconocida. También se utiliza para las tumbas de aquellos cuerpos sin vida que nadie ha reclamado o no se conoce su nombre. ¿De qué muerte habla el padre de Ana? ¿El es un No conocido para que otro?

"La verdad oculta tras de todo esto, que negaríamos de buen grado, es la de que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que sólo osaría defenderse si se la atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad. Por consiguiente, el prójimo no le representa únicamente un posible colaborador objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirlo, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo; para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo. HOMO HOMINI LUPUS (el hombre lobo del hombre): ¿quién se atrevería a refutar este refrán, después de todas las experiencias de la vida y de la Historia?"» (S. Freud. El Malestar en la Cultura, pag 37)

A mí, el trabajo grupal de leer con Verónica, Mariana y Andrea El Malestar en la Cultura y los demás textos que intercambiamos hasta acá en esos jueves de por medio en la difícil siesta, me permitió compartir interrogantes e intentar pensarlos juntas a la luz del Psicoanálisis. Como analista me pregunto por la miseria y la exclusión, por su origen, sus determinantes y los efectos que ellos tienen en la subjetividad. En la nuestra también, en la de los analistas. Me pregunto, porque los analistas hablamos tan poco de la miseria y del racismo. Comparto un poco con Radmila Zygouris que “en el ámbito del psicoanálisis el extranjero por excelencia es el pobre, ya que se encuentra doblemente desheredado, por el dinero y por la cultura.” Y en esta línea, ¿Una Institución psicoanalítica que política sostiene en relación al lazo social de la época?

Esas preguntas me llevaron a Pommier quien plantea que el Psicoanálisis no es en absoluto asocial y que se interesa profundamente por el lazo social. Toda la Antropología Freudiana así lo acredita, pero también sus últimos escritos en donde se mostraba muy preocupado por las configuraciones socio-políticas y culturales de su época. Freud mismo ha sido perseguido, exiliado y desde EEUU ha cuestionado y repudiado la indiferencia de los judíos-americanos frente al avance del fascismo en Europa.

Freud en el Malestar plantea que existe en los sujetos condiciones para hacer de la sociedad un lugar de lucha y tensión, determinada básicamente por el narcisismo de las pequeñas diferencias, el repliegue sobre las diferencias propias y la tendencia aniquiladora del otro diferente. En este sentido, las sociedades producen leyes, normas, instituciones que organizan el vínculo social de los miembros para hacer gobernable al conjunto. Lo que en el plano social se oculta y se disimula es la existencia de la **dominación** (de una parte, de la sociedad sobre la otra, de un individuo sobre otro) y del **poder** (su distribución y formas de ejercicio). Freud nos muestra a la cultura, en su forma social como contrato y regulación de estas dimensiones de dominación y poder. El poder, en el campo social, como la sexualidad en lo psíquico es lo reprimido que está en todas partes. El Estado (que representaría el pacto entre los hermanos) con poder y con mayor o menor grado de violencia va a engendrar organizaciones de dominados y dominantes, de débiles y poderosos que la intención reguladora o equilibradora de las leyes no lograra resolver en ninguna forma social. Freud dice entonces que siempre quedara un resto que retornara como malestar porque gobernar, educar y curar son imposibles en tanto regulación de comportamientos.

Dimensión política a develar, que como dice Pommier, es la comprensión de lo que se cocina en esa lucha, en esa tensión que expresa el malestar o el sufrimiento. El análisis que lo social nos demanda, tal vez sea el de los lazos humanos que determina. Es ese el análisis que Freud nos enseña a hacer, mirando el lugar de la violencia y la destrucción en la conformación de la cultura y la forma social. La Historia también nos muestra como la violencia ha sido ejercida en nombre de ciertos ideales (políticos o religiosos), ya no modelos que sostienen ideales de igualdad o justicia, sino de hegemonía y superioridad; ya no modelos de dominación sino de exterminio.

¿Qué hay que seguir tolerando del modelo neoliberal, que en tanto discurso postcapitalista plantea cuales son las vidas que merecen ser vividas y cuáles son las muertes que merecen ser lloradas; que ofrece la nuda vida para aquellos a quienes no pueden vender su fuerza de trabajo o para aquellos que no ingresan en el imperativo de la masa consumista? ¿Qué discurso sostiene el planteo cínico “que creían? ¿Que podían irse de vacaciones, estudiar, leer, ir al cine, comer rico y estar calentitos en invierno? Eso no es para todos, recita el Neoliberalismo y sentencia: “meritocracia”. Para los privilegiados: los blasones identitarios que definen gustos, identidades y trascendencias. Para los excluidos: la nuda vida... o dejar morir.

Pienso en los padres de Ana y en su muerte social. En su convicción de no ser nada para el Otro y el proceso de desubjetivación que esto les ha producido. En como el miedo, la desolación y la mortificación invaden a los sujetos cuando no hay esperanza, cuando su porvenir no tiene ilusión. Zyggouris plantea al respecto que “el proyecto es el único artificio que se transforma imaginariamente en horizonte para intercalarse entre el presente y la muerte segura.” Sostiene que el proyecto es un equivalente de objeto, equivalente de un objeto de espera y es la única manera de pensar en un tiempo que aun no ha llegado. En este sentido, dice: “el miedo a la propia muerte significa la pérdida de objeto más radical. Sea esta la muerte real, o la social como la miseria o la desocupación.”

Comparto para finalizar, la pregunta de H. Heinrich: ¿de quién somos hermanos los analistas? Nos invita a no confundir abstinencia con indolencia, ni neutralidad con indiferencia.

Para terminar este escrito, pero no para concluir, cito a Lacan “mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de la época”

(*) Fragmento de la supervisión de un caso clínico en el marco de mi trabajo en una Institución de Salud Pública